

XXVI

Ave, dea; moriturus te salutat

Á JUDITH GAUTIER

La muerte y la belleza son dos cosas profundas, que contienen tanta sombra y azul que se diría son dos hermanas igualmente fecundas y terribles, con el misma enigma é igual secreto.

¡Oh mujeres, voces, miradas, cabellos negros, trenzas rubias, brillad! ¡Yo muero! ¡Tened el esplendor, el atractivo, el amor! ¡Oh perlas que el mar mezcla á sus grandes olas! ¡Oh luminosos pájaros de la sombría selva!

Judith, nuestros destinos están más cerca uno de otro de lo que pudiera suponerse, mirando mi rostro y el vuestro; todo el divino abismo aparece en vuestros ojos, y yo siento en mi alma el estrellado precipicio. Ambos, señora, somos vecinos del cielo, puesto que vos sois bella y yo viejo.

12 julio.

XXVII

NVOI

Conoces, soñador amigo, que mi destino ves, la jauría envidiosa, áspera, inmunda, encarnizada que ladra tras mis talones, y me insulta, y me muerde, cual si yo fuese grande, como si fuera fuerte. Encierra ese poema y no vuelvas á hablar de él á nadie. Esa jauría surge cuando suena mi clarín, y vuelve á su noche cuando el ruido de éste ha cesado. Quiero condenarla á silencio forzoso, por algún tiempo al menos. Agrádame este olvido que le pesa, y callo para que se calle.

XXVIII

Pigmeo y Mirmidón son el odio y la calumnia. Tener la ironía en los labios y el odio en el corazón, suele ser, poeta, la costumbre de aquí abajo. Después de tantas empresas, después de tantos combates, sitíate la afrenta; son toda una multitud que te insulta en tu duelo y en tu soledad; pero tú, á quien el destino absorbe, no tienes tiempo para mirar á los que te muestran el puño. Por más que te ro-

deen los tumultos, tú no dejarás de meditar. Todas tus obras son por Zoilo malditas; el fiero encarnizamiento del odio está sobre tí. Tú, que antes te cernías á modo de arcángel, y á quien una ley pone en la tierra, en el fondo de las visiones fúnebres, prisionero en la enorme jaula de las tinieblas; tú, el águila descabellada por la sombra, el desterrado caído de un infinito á otro infinito, del cenit al abismo y del cielo á tu alma, alumbrado, pero á la vez quemado por tu profunda llama, roído por la negra añoranza del firmamento rojo; tú, cuya fija mirada dirige un reproche al sol y parece preguntar con qué derecho se te destierra; tú, que no tienes más que á tí mismo por cima y por asilo, no te distraes poco ni mucho de tu sueño eterno; y, mientras agitados como en torno de un criminal, los transeuntes quisieran martarte, y te gritan, y á tus piés, rugiendo y rechinando los dientes, la multitud zumba con el rumor tempestuoso del enjambre, y te llama idiota, traidor, avaro, asesino, incendiario, espíritu maligno, alma pérfida, ladrón y homicida, clamor que nada apacigua, como si el furor fuera siempre en aumento; pensativo, tú no sabes justamente lo que ocurre.

24 mayo 1872.

XXIX

Vuelvo á ver, después de veinte años, la isla en que diciembre me arrojó, pálido náufrago. Hela aquí; es ella, en efecto. Está como un aposento en el que aún nada se ha cambiado de lugar.

Sí, eso es lo que era; me parece que ríe y que distingo el mismo pájaro fugitivo, la misma flor temblorosa, la misma aurora en el bosque;

me parece volver á ver, como en el fondo de un espejismo, los campos, los verjeles, los frutos maduros, y en el profundo firmamento la misma tempestad, y la misma hierba al pie de las paredes,

y el mismo techo blanco que me espera y me ama, y, más allá de la rugiente ola, la misma visión de un edén, en la misma deslumbradora profundidad.

Sí, reconozco aquella costa encantada, como entonces se me apareció; feliz orilla en la que se busca á Acis y á Galatea, en la que se encuentra á Booz y á Ruth;

porque no hay playa, ni isla, ni montaña, en medio de los amargos abismos, mejor hecha para ocultar las rosas del idilio bajo el trágico horror de los mares.

¡Cielo!, ¡océano!, era esta misma naturaleza, abismo de silencio y de ruido, con no se sabe qué insondable abertura sobre la luz y sobre la noche.

Sí, eran aquellas cabañas; sí, eran aquellas orillas; era el mismo aspecto oscilante; el mismo olor acre de los brezos salvajes, los mismos tumultos del viento;

era la misma ola arrancando á los escombros los mismos encajes de plata; eran los mismos peñascos dando las mismas sombras sobre la misma eterna ola cambiante;

eran los mismos cabos, que la ola desconoce y roe, pues el fiero mar, de duelo lleno, no se inquieta, en su sueño espantoso, por la figura de los escollos;

era la misma huída inmensa de las nubes; en los montes, en los que Dios hace resonar sus truenos, las mismas copas de árbol, en tropel removidas, no han cesado de estremecerse;

era el mismo soplo ondulante en los centenos; creo volver á ver, en el humilde prado, las mismas mariposas, las mismas águilas en el océano desmesurado;

era el mismo flujo cubriendo la isla de espuma, como un caballo blanquea el freno; era el mismo azul; era la misma bruma... ¡Y cuántos vivían, que han muerto!

8 agosto 1872, al llegar á Jersey.

XXX

No me detengo, no descanso nunca; cuando la ola, mi testigo, tiembla, yo grito al viento:—¡En marcha! y —¡Adelante!—digo á la ola cuando el viento cambia.

Y avanzo, constantemente arrastrado por el huracán... Hombre, ama tus amores, siéntate en el banco de piedra de tu puerta, ¡y deja que pasen los días!

¡Feliz el que vive estúpido en su casa, y que, por la noche, ve siempre salir el mismo pájaro de noche á la misma hora y del mismo ángulo del techo!

13 agosto 1872.

XXXI

..... *Omnia vidit
Eversa.*

(JUVENAL).

¡De qué te sirve ¡oh Príamo! haber llegado á tan viejo! Ves caer á tus hijos, á tu patria y á tus dioses.

Un anciano es con frecuencia castigado por su vejez con la poca claridad que el destino le deja. Sobrevivir es un sentimiento punzante, casi un remordimiento. Ver su ciudad quemada y todos sus hijos muertos, es desgracia posible; y el solitario abuelo tiembla, llora, por haberse retardado en la tierra.

Diciembre 1873.

XXXII

Á LA SEÑORA DE A. SH.

¿Queréis saber con qué sueño? Recuerdo que cierto día, en otro tiempo, á la hora en que el alba que aparece abre sus ojos de paraíso,

pasaba yo entre palomas, por un cementerio, jardín que, cubriendo de rosas las tumbas, oculta el vacío en el edén.

Vagaba yo en aquella sombra insalubre en la que las cruces negras están de pie; de repente, una gran piedra lúgubre se animó, púsose á vivir.

Era aquél, entre la hierba y las vincapervincas, un sepulcro sombrío y altanero, que súbitamente rozó, al través de las ramas, un furtivo relámpago matinal.

Triste se le veía bajo una carrasca y, como para apaciguarle, la joven alba misteriosa daba un beso á aquel espectro.

Y la caricia ¡oh maravilla! devolvió la vida al lúgubre sepulcro, aquel sordomudo abrió el oído, y el ojo abrió aquel ciego.

Viendo venir la luz, como en el desierto el negro Sina, aquella siniestra mortaja de piedra, en el que llora un alma, resplandeció.

Y le vi, en el sombrío bosque, en el pestilente campo, como transfigurado en la sombra por aquella dorada franja del cielo.

No era ya la espantosa lápida que se eleva fuera de todo ruido, bajo la que hay un abismo lleno de estrellas, pero lleno de noche;

no era la tumba en que sueña un vago fantasma desterrado, abismo en el que acaba lo que acaba, límite en el que comienza lo infinito.

Gracias al alba, al pie del viejo árbol, en la zarza y en la retama, el frío granito, el orgulloso mármol que conoce el gusano de tierra,

iluminaba aquellos fúnebres bosques, temidos del hombre, amados del cuervo, y, tranquilo, tenía en las tinieblas no se sabe qué aire de antorcha.

Cesó de ser el fantasma. El albolol quedó deslumbrado y el clavel le echó su bálsamo; las flores no tuvieron ya miedo de él.

Las rosas que nuestros ojos admiran bajaron su destruido tallo, y los pajarillos se pusieron á cantar en torno de su noche.

Noble mujer, fiel á los vencidos, vuestra sonrisa fresca y bella, cuando en mí brilla, me recuerda aquella aurora sobre aquella tumba.

H. H. 5 septiembre.

TOMO I

36

XXXIII

Vosotros que, vencedores, pusísteis, desde ha veinte años, amos sangrientos que rendís cuentas, vuestra noche sobre la Francia dolorida, y sobre los campos vuestra gloria que les avergüenza;

tú, sacerdote; tú, soldado, jefe de las hazañas sombrías, á quien sigue con los ojos la triste historia; tú, juez, escamoteador que de la vaina de las leyes sacaste el puñal del sofista;

cuando cubrís de afrentas odiosas, de gritos amargos y de un tumulto de voceríos á ese hombre que, por largo tiempo pensativo á la orilla de los mares, vivió con la frente en las nubes,

y que, en el candor de sus tranquilos designios, quiere la justicia igual y grande, antes de llamarle defensor de asesinos, ¡esperad á que os defienda!

XXXIV

Tú nos miras, noche, gran pasajera negra; mas no debes comprender mucho nuestra historia, porque á menudo es bastante más sombría que tú.

Sed hombre honrado, probo, creyente, seréis el enemigo público; arriesgad, en la tormenta, por una idea justa, vuestra cabeza, y seréis tratado de igual modo que el cobarde ó el traidor.

—¡Ese hombre se atreve á invocar la piedad venerable! ¡Ofrece asilo al débil! ¡Abajo el miserable! ¡Cómo! ¡Se interpone entre nosotros y el asesino! ¡Se conmueve viendo á las mujeres de rodillas! ¡Se indigna al ver que arrojamos los muertos al río! ¡Compadece á los huérfanos, no hace viudas! ¡Se atreve á pronunciar la palabra Perdón! ¡En estos momentos, en los que cada cual abandona á todos esos prejuicios que se llaman derecho, libertad y clemencia, en los que se siente recomenzar el antiguo mundo; cuando se ve que un paso hacia atrás es sensato, y cuando por porvenir tórnase el pasado, se obstina, ayuda á los vencidos, sin tregua los defiende, moriría el vil por ellos!

De este modo se raciocina en ciertos momentos.

Un día, viendo pasar horribles sucesos, viendo que en el gran París se hacía una fosa, no creyendo á Dios muerto y la verdad falseada, no figurándome que matar fuese un derecho, me erguí, dije:—El día muere, crece la sombra, ¡cuidado! Por encima de vuestros fieros combates ¡oh negros luchadores! existen cosas estrelladas: la razón, el progreso, la patria y el honor; el vencedor se envenena á veces á sí propio. ¡Deteneos! La amnistía es un fin sereno. Sed clementes. ¡Y sobre mí cayó entonces tanto odio, tanta execración, horror y espanto, que fuí casi ¡oh noche! igual á un emperador!

12 abril 1874.

XXXV

¡Ah! ¡Conque hacéis vuestra dicha del frío deber! ¡Conque no bebéis el olvido de vuestro honor, y la impudicia, la orgía y la vergüenza, á vaso lleno! ¡Conque sois prudente, económico, severo, para caminar con la frente alta, lo cual es vuestro sólo cuidado! ¡No queréis veros un día á la merced de las gentes que hacen oficio de tasar un alma y de comprar tan pronto el hombre como la mujer! ¡Tenéis presente en el espíritu la horrible suerte de aquellos á quienes el hambre sombría obligara, bajo pena de muerte, á ser lacayos y á venderse al amo, y no tiráis el dinero por la ventana!... Pues bien, ¡sois un avaro, un miserable; un hombre ruin, peor que un miserable y casi casi un bandido!—¡Ambicioso!—dice la mujer perdida.—Modrego,—agrega el sacerdote. La virtud es en vos un vicio, y, no queriendo ser en este tiempo de corazones insulsos y en los que se halla una jerga ruin, Aretino ó Daugeau, sois Harpagón.

18 diciembre 1874.

XXXVI

La alta honradez, he ahí toda mi gloria. ¡Oh pueblo! cuando muera, pon mi recuerdo sobre esa

áspera cima que se llama el deber cumplido; que, una vez allí, alguien me defenderá contra el olvido; alguien feroz, el odio. Este avanzará lanzando gritos siniestros y vanos, con el enjambre ronco de las afrentas tenebrosas; y todos aquellos monstruos negros—calumnia, impudor, bajeza—que día y noche disputan entre sí, querellándose entre sí día y noche, sin cesar rechinarán los dientes.

En la India, cuando, por la noche, los horrorosos cuervos son vistos, cerniéndose en círculo y en la sombra, por encima de cualquier obscura cumbre, dícese en el campo:—Es porque se ha depositado un cadáver en la montaña.

15 diciembre 1874.

XXXVII

El niño es muy pequeño y es el abuelo muy viejo. El insultador no teme nada. Como un cielo lluvioso vierte la lluvia sobre los bosques, que conmueve el viento, esa mano de viejo asestó en otro tiempo, en más de una mejilla, los sonoros bofetones. Pero hoy los largos destierros, el cielo inglés y los setenta y tres años han enfriado á aquel hombre; tranquilo, desdeña. Apenas sabe cómo se llama el insultador por haber, cuando brillara julio, ayudado á alguien que llevaba el mismo nombre. Nada más. ¿Y qué importa un joven chusco inmundo? ¿Qué importa que un lacayo exista ó no? ¿Qué es un aullido más en la perrera? ¿Qué importa á la esfinge soñadora de los cañaverales del

Nilo que un reptil se deslice vaga y siniestramente junto á ella? Los pilluelos pueden sin miedo hacer aullar á su estilo. En ver pasar á un anciano á quien el duelo acaba consiste la bravura del infame. No hay peligro en ello. El pícaro es ruin á su gusto; se repite, á fin de dar coraje á su alma, en donde mucha prudencia lleva á la audacia, que el abuelo es muy viejo y el niño muy pequeño.

31 marzo 1875.

XXXVIII

Amo á los niños pequeños, y soy un viejo loco.

- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- Quiero marcharme.
- Marcharte. ¿A dónde?
- A donde yo quiera.
- Vamos allá.
- Quiero quedarme aquí, abuelo.
- Quedémonos.
- ¿Abuelo?
- ¿Qué?
- ¿Lloverá?
- Creo que no.
- Yo quiero que llueva.
- ¿Por qué?
- Para que mis habichuelas crezcan en mi jardín.
- Dios es quien hace la lluvia.
- Pues bien, quiero que Dios la haga.

- ¿Y si él no quiere?
- Quiero yo. El buen Dios no puede impedirme que rompa mi juguete. Por lo tanto...
- Es justo. Podría enfadarse. Pero prescindamos de él.
- ¿Para que llueva?
- Indudablemente. Ven, Santiago, tomemos la regadera del jardinero y haremos llover.
- ¿Dónde?
- Sobre tus habichuelas

XXXIX

HUYENDO DEL ERROR

¿Me oís, abismos? ¿Me veis, espumas? Floto. Durante mucho tiempo, dulces niños, vivimos, mis dos hermanos y yo, en ese A B C D de impostura y de error de que el hombre hace su biblia; pero aquello acabó, y de la lucha salgo terrible y alegre como un evadido.

Somos alguien nadando en la sombra inmensa, extraviados; todo es lazo, ignorancia, inclemencia; el mar no tiene ya un pliegue que no sea triste y negro; gime el escollo, el viento llora, tiembla la ola; la bruma es la duda, y á cada instante parece que el abismo está desesperado.

El océano, ese déspota, tiene el viento por minis-